

José Ortega y Gasset

Estudios sobre el amor y otros ensayos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © *Estudios sobre el amor* (1939). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *El rostro maravillado* (1904). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Divagación sobre El barbero de Sevilla* (1904). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Ideología quijotesca. El manifiesto de Marcela* (1905). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Estafeta romántica.- Eva ausente* (1918). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Divagación ante el retrato de la marquesa de Santillana* (1918). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *[Sobre el buen dolor]* (1920). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Esquema de Salomé* (1921). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Epílogo al libro De Francesca a Beatrice* (1924). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *[Elogio de las virtudes de la mocedad]* (1925). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Para la historia del amor* (1926). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Oknos el soguero* (1927). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Paisaje con una corza al fondo* (1927). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Alicia* (1927). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Prólogo a El collar de la paloma, de Ibn Hazm de Córdoba* (1952). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-852-3

Depósito legal: M. 7.568-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Nota preliminar
	ESTUDIOS SOBRE EL AMOR
17	Facciones del amor
27	Amor en Stendhal
27	I.
33	II.
38	III.
43	IV.
49	V.
55	VI.
60	VII. Enamoramiento, éxtasis e hipnotismo
80	La elección en amor
80	I.
86	II.
93	III.
97	Paréntesis
103	IV.
110	V.
116	VI.

OTROS ENSAYOS

- 125 *El rostro maravillado*
- 132 Divagación sobre *El barbero de Sevilla*
138 (Una frase de Beaumarchais)
- 140 Ideología quijotesca. El manifiesto de Marcela
- 149 Estafeta romántica.—Eva ausente
- 158 Divagación ante el retrato de la marquesa de Santillana
- 170 [Sobre el buen dolor]
- 175 Esquema de Salomé
- 181 Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*
- 209 [Elogio de las virtudes de la mocedad]
- 217 Para la historia del amor
- 217 I. Cambio en las generaciones
- 222 II. Nota sobre el «amor cortés»
- 228 Oknos el soguero
- 238 Paisaje con una corza al fondo
- 243 La solución de Olmedo
- 251 Alicia
- 255 Prólogo a *El collar de la paloma*, de Ibn Hazm de Córdoba

Nota preliminar

A lo largo de la obra de José Ortega y Gasset encontramos menciones al concepto de amor en múltiples textos. Esta profusión se irá concentrando en grandes afluentes. En *Meditaciones del Quijote* de 1914 se vislumbra una de estas líneas de investigación al señalar el amor como el medio de conexión del ser humano con el cosmos. Allí también dirá Ortega que la filosofía será «la ciencia general del amor».

El amor será un motivo de reflexión constante para el filósofo madrileño y estas especulaciones alcanzarán a la ciencia de los valores o estimativa, el amor al otro o su teoría sobre los sentimientos. Ortega también escribirá sobre la historia del amor, el hecho erótico o el enamoramiento. Y –sobre todo– perseguirá el amor más allá de los amores como dirá él mismo en las primeras páginas de «Facciones del amor», aquel amor que como creía Dante «mueve el sol y otras estrellas».

La edición canónica de *Estudios sobre el amor* se encuentra en las *Obras completas* de Ortega publicadas por la Fundación Ortega – Marañón en el año 2006. El libro original, como bien señala el editor, es una recopilación de textos publicados en el diario madrileño *El Sol* y *La Nación* de Buenos Aires sobre todo entre 1926 y 1927. Dicho texto recopilatorio fue publicado primero en alemán: *Über die Liebe. Meditationen*, una traducción publicada por Deutsche Verlags-Anstalt en 1933. La primera edición en español recién llegaría en 1939. En aquellos textos primigenios se encuentran «Facciones del amor», «Amor en Stendhal» y «La elección en amor», trabajos que conformarán la edición que Ortega definió como *Estudios sobre el amor* en las *Obras completas* de 1947.

Como siempre, en esta Biblioteca del Autor, intentamos conjugar la fidelidad al libro original, junto con el aporte de otros trabajos que puedan enriquecer su lectura. No es tarea fácil hablando sobre un concepto tratado de forma tan profusa en la obra orteguiana y que ha sido tantas veces editado. Así que hemos incluido aquellos textos que tienen una relación específica con el concepto y que abarcan –sobre todo– aquel espectro de tiempo en que maduraron los textos fundamentales. Hay una sola excepción, el «Prólogo a *El collar de la paloma*, de Ibn Hazm de Córdoba» que data de 1952; valga como muestra de un interesante estudio comparativo entre la noción occidental del amor y la de la civilización árabe.

Seguramente habrá ausencias, pero sería difícil integrar todo lo que ha dicho Ortega sobre el amor en un solo libro. En esta selección se encuentran los siguientes artículos: «*El rostro maravillado*», de 1904; el ensayo

póstumamente publicado, titulado «Divagación sobre *El barbero de Sevilla*», de 1904; el ensayo, también publicado póstumamente, titulado «Ideología quijotesca. El manifiesto de Marcela», de 1905; «Estafeta romántica.–Eva ausente», de 1918; «Divagación ante el retrato de la marquesa de Santillana», de 1918 (incluido en *El Espectador VIII*); el ensayo publicado póstumamente, titulado «[Sobre el buen dolor]», de 1920; «Esquema de Salomé», de 1921 (incluido en *El Espectador IV*); «Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*», de 1924; el ensayo póstumamente publicado, titulado «[Elogio de las virtudes de la mocedad]», de 1925; «Para la historia del amor», de 1926; «Oknos el soguero», de 1927; «Paisaje con una corza al fondo», de 1927 (incluido en *Teoría de Andalucía y otros ensayos*, de 1942); el ensayo publicado de forma póstuma, titulado «Alicia», de 1927 y «Prólogo a *El collar de la paloma*, de Ibn Hazm de Córdoba», de 1952.

Los volúmenes de esta «Biblioteca de autor José Ortega y Gasset» presentan un texto nacido del trabajo filosófico, filológico e historiográfico del equipo del Centro de Estudios Orteguianos de la Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Marañón. La investigación se ha desarrollado durante más de una década y ha permitido depurar malas lecturas y erratas de ediciones anteriores, al tiempo que se han descubierto numerosos textos desconocidos, algunos de los cuales no se habían vuelto a publicar desde su primera edición y otros eran inéditos; en ambos casos, enriquecen esta «Biblioteca».

Se ofrece al lector el texto según la última versión que el autor publicó. En el caso de la obra editada de forma

póstuma, se sigue el manuscrito más próximo a una versión definitiva. El exhaustivo análisis de los testimonios conservados en el archivo del filósofo ha permitido una fijación textual que en numerosos casos difiere de las ediciones anteriores. Se ha respetado esencialmente la puntuación del propio Ortega, aunque se ha revisado en el caso de la obra póstuma. Se conservan los rasgos estilísticos del autor –como por ejemplo su reconocible «rigoroso» frente al más común «riguroso»–, los resaltes expresivos y particularidades morfosintácticas de su uso lingüístico (mayúsculas para remarcar un concepto, concordancias *ad sensum*, leísmos, laísmos), así como las distintas grafías en nombres de personas y lugares.

En la medida de lo posible, se evita la intervención de los editores en el texto, de modo que se mantiene la versión original incluso cuando se ha detectado algún lapsus –generalmente de precisión de una fuente al citar el autor de memoria. No se pretende dar un texto perfeccionado sino aquel que Ortega entregó a las prensas o en el que trabajaba para su publicación si nos referimos a la obra que dejó inédita. Los añadidos de los editores van siempre entre corchetes, así como los títulos que no son originales del filósofo. Las notas al pie de los editores se indican con *.

En la edición de los textos del presente volumen han participado Carmen Asenjo Pinilla, Iván Caja Hernández-Ranera, Andrea Hormaechea Ocaña y Ángel Pérez Martínez, quienes agradecen el trabajo de investigación y fijación textual previo de sus compañeros Ignacio Blanco Alfonso, Cristina Blas Nistal, José Ramón Carria-

zo Ruiz, Isabel Ferreiro Lavedán, Iñaki Gabaráin Gaztelumendi, Patricia Giménez Eguívar, Felipe González Alcázar, Alejandro de Haro Honrubia, Azucena López Cobo, Juan Padilla Moreno y Javier Zamora Bonilla.

Estudios sobre el amor

Los capítulos de «Estudios sobre el amor» fueron publicados primeramente como folletones en el diario *El Sol*, de Madrid, en los años 1926 y 1927, y después reunidos en un libro del que apareció en 1933 la traducción alemana, antes de la primera edición española, que no fue puesta a la venta hasta 1941.

Facciones del amor

Hablemos del amor, pero comencemos por no hablar de «amores». «Los amores» son historias más o menos accidentadas que acontecen entre hombres y mujeres. En ellas intervienen factores innumerables que complican y enmarañan su proceso hasta el punto que, en la mayor parte de los casos, hay en los «amores» de todo menos eso que en rigor merece llamarse amor. Es de gran interés un análisis psicológico de los «amores» con su pintoresca casuística; pero mal podríamos entendernos si antes no averiguamos lo que es propia y puramente el amor. Además, fuera empequeñecer el tema reducir el estudio del amor al que sienten, unos por otros, hombres y mujeres. El tema es mucho más vasto, y Dante creía que el amor mueve el sol y las otras estrellas.

Sin llegar a esta ampliación astronómica del erotismo, conviene que atendamos al fenómeno del amor en toda su generalidad. No sólo ama el hombre a la mujer y la

mujer al hombre, sino que amamos el arte o la ciencia, ama la madre al hijo y el hombre religioso ama a Dios. La ingente variedad y distancia entre esos objetos donde el amor se inserta nos hará cautos para no considerar como esenciales al amor atributos y condiciones que más bien proceden de los diversos objetos que pueden ser amados.

Desde hace dos siglos se habla mucho de amores y poco del amor. Mientras todas las edades, desde el buen tiempo de Grecia, han tenido una gran teoría de los sentimientos, las dos centurias últimas han carecido de ella. El mundo antiguo se orientó primero en la de Platón; luego, en la doctrina estoica. La Edad Media aprendió la de Santo Tomás y de los árabes; el siglo XVII estudió con fervor la teoría de las pasiones de Descartes y Spinoza. Porque no ha habido gran filósofo del pretérito que no se creyese obligado a elaborar la suya. Nosotros no poseemos ningún ensayo, en grande estilo, de sistematizar los sentimientos. Sólo recientemente los trabajos de Pfänder y Scheler vuelven a movilizar el asunto. Y en tanto, nuestra alma se ha hecho cada vez más compleja y nuestra percepción más sutil.

De aquí que no nos baste alojarnos en esas antiguas teorías afectivas. Así, la idea que Santo Tomás, resumiendo la tradición griega, nos da del amor es, evidentemente, errónea. Para él, amor y odio son dos formas del deseo, del apetito o lo concupiscible. El amor es el deseo de algo bueno en cuanto bueno –*concupiscible circa bonum*–; el odio, un deseo negativo, una repulsión de lo malo en cuanto tal –*concupiscible circa malum*. Se acusa aquí la confusión entre los apetitos o deseos y los sentimientos que ha padecido todo el pasado de la psicología

hasta el siglo XVIII; confusión que volvemos a encontrar en el Renacimiento, si bien transportada al orden estético. Así, Lorenzo *el Magnífico* dice que *l'amore è un appetito di bellezza*.

Pero ésta es una de las distinciones más importantes que necesitamos hacer para evitar que se nos escape entre los dedos lo específico, lo esencial del amor. Nada hay tan fecundo en nuestra vida íntima como el sentimiento amoroso; tanto, que viene a ser el símbolo de toda fecundidad. Del amor nacen, pues, en el sujeto muchas cosas: deseos, pensamientos, voliciones, actos; pero todo esto que del amor nace como la cosecha de una simiente, no es el amor mismo; antes bien, presupone la existencia de éste. Aquello que amamos, claro está que, en algún sentido y forma, lo deseamos también; pero, en cambio, deseamos notoriamente muchas cosas que no amamos, respecto a las cuales somos indiferentes en el plano sentimental. Desear un buen vino no es amarlo; el morfinómano desea la droga al propio tiempo que la odia por su nociva acción.

Pero hay otra razón más rigurosa y delicada para separar amor y deseo. Desear algo es, en definitiva, tendencia a la posesión de ese algo; donde posesión significa, de una u otra manera, que el objeto entre en nuestra órbita y venga como a formar parte de nosotros. Por esta razón, el deseo muere automáticamente cuando se logra: fenece al satisfacerse. El amor, en cambio, es un eterno insatisfecho. El deseo tiene un carácter pasivo, y en rigor lo que deseo al desear es que el objeto venga a mí. Soy centro de gravitación, donde espero que las cosas vengan a caer. Viceversa: en el amor todo es actividad, según veremos.

Y en lugar de consistir en que el objeto venga a mí, soy yo quien va al objeto y estoy en él. En el acto amoroso, la persona sale fuera de sí: es tal vez el máximo ensayo que la naturaleza hace para que cada cual salga de sí mismo hacia otra cosa. No ella hacia mí, sino yo gravito hacia ella.

San Agustín, uno de los hombres que más hondamente han pensado sobre el amor, tal vez el temperamento más gigantescamente erótico que ha existido, consigue a veces librarse de esta interpretación que hace del amor un deseo o apetito. Así dice en lírica expansión: *Amor meus, pondus meum; illo feror, quocumque feror*, «Mi amor es mi peso; por él voy dondequiera que voy». Amor es gravitación hacia lo amado.

Spinoza intentó rectificar este error, y eludiendo los apetitos busca al sentimiento amoroso y de odio una base emotiva; según él, sería amor la alegría unida al conocimiento de su causa; odio, en cambio, la tristeza unida al conocimiento de su agente. Amar algo o alguien sería simplemente estar alegre y darse cuenta, a la par, de que la alegría nos llega de ese algo o alguien. De nuevo hallamos aquí confundido el amor con sus posibles consecuencias. ¿Quién duda que el amante puede recibir alegría de lo amado? Pero no es menos cierto que el amor es a veces triste, triste como la muerte, tormento soberano y mortal. Es más: el verdadero amor se percibe mejor a sí mismo y, por decirlo así, se mide y calcula a sí propio en el dolor y sufrimiento de que es capaz. La mujer enamorada prefiere las angustias que el hombre amado le origina a la indolora indiferencia. En las cartas de Mariana Alcoforado, la monja portuguesa, se leen frases como éstas, dirigidas a su infiel seductor: «Os agradezco

desde el fondo de mi corazón la desesperación que me causáis, y detesto la tranquilidad en que vivía antes de conoceros». «Veo claramente cuál sería el remedio a todos mis males, y me sentiría al punto libre de ellos si os dejase de amar. Pero ¡qué remedio!, no; prefiero sufrir a olvidaros. ¡Ay! ¿Por ventura depende esto de mí? No puedo reprocharme haber deseado un solo instante no amaros, y al cabo sois más digno de compasión que yo, y más vale sufrir todo lo que yo sufro que gozar de los lánguidos placeres que os proporcionan vuestras amadas de Francia». La primera carta termina: «Adiós; amadme siempre y hacedme sufrir aún mayores males». Y dos siglos más tarde, la señorita de Lespinasse: «Os amo como hay que amar: con desesperación».

Spinoza no miró bien: amar no es alegría. El que ama a la patria, tal vez muere por ella, y el mártir sucumbe de amor. Viceversa, hay odios que gozan de sí mismos, que se embriagan jocundamente con el mal sobrevenido al odiado.

Puesto que estas ilustres definiciones no nos satisfacen, más vale que ensayemos directamente describir el acto amoroso, filiándolo, como hace el entomólogo con un insecto captado en la espesura. Espero que los lectores aman o han amado algo o alguien, y pueden ahora prender su sentimiento por las alas traslúcidas y mantenerlo fijo ante la mirada interior. Yo voy a ir enumerando los caracteres más generales, más abstractos de esa abeja estremecida que sabe de miel y punzada. Los lectores juzgarán si mis fórmulas se ajustan o no a lo que ven dentro de sí.

En el modo de comenzar se parece, ciertamente, el amor al deseo, porque su objeto –cosa o persona– lo

excita. El alma se siente irritada, delicadamente herida en un punto por una estimulación que del objeto llega hasta ella. Tal estímulo tiene, pues, una dirección centrípeta: del objeto viene a nosotros. Pero el acto amoroso no comienza sino después de esa excitación; mejor, incitación. Por el poro que ha abierto la flecha incitante del objeto brota el amor y se dirige activamente a éste: camina, pues, en sentido inverso a la incitación y a todo deseo. Va del amante a lo amado –de mí al otro– en dirección centrífuga. Este carácter de hallarse psíquicamente en movimiento, en ruta *hacia* un objeto; el estar de continuo marchando íntimamente de nuestro ser al del prójimo es esencial al amor y al odio. Ya veremos en qué se diferencian ambos. No se trata, sin embargo, de que nos movamos físicamente hacia lo amado, que procuremos la aproximación y convivencia externa. Todos estos actos exteriores nacen, ciertamente, del amor como efectos de él, pero no nos interesan para su definición, y debemos eliminarlos por completo del ensayo que ahora hacemos. Todas mis palabras han de referirse al acto amoroso en su intimidad psíquica como proceso en el alma.

No se puede ir al Dios que se ama con las piernas del cuerpo, y, no obstante, amarle es estar yendo hacia Él. En el amar abandonamos la quietud y asiento dentro de nosotros, y emigramos virtualmente hacia el objeto. Y ese constante estar emigrando es estar amando.

Porque –se habrá reparado– el acto de pensar y el de voluntad son instantáneos. Tardaremos más o menos en prepararlos, pero su ejecución no dura: acontece en un abrir y cerrar de ojos; son actos puntuales. Entiendo una frase, si la entiendo, de un golpe y en un instante. En

cambio, el amor se prolonga en el tiempo; no se ama en serie de instantes súbitos, de puntos que se encienden y apagan como la chispa de la magneto, sino que se está amando lo amado con continuidad. Esto determina una nueva nota del sentimiento que analizamos: el amor es una fluencia, un chorro de materia anímica, un flúido que mana con continuidad como de una fuente. Podíamos decir, buscando expresiones metafóricas que destaquen en la intuición y denominen el carácter a que me refiero ahora, podíamos decir que el amor no es un disparo, sino una emanación continuada, una irradiación psíquica que del amante va a lo amado. No es un golpe único, sino una corriente.

Pfänder ha insistido con gran sutileza en este aspecto flúido y constante del amor y del odio.

Tres facciones o rasgos hemos apuntado ya, las tres comunes a amor y odio: son centrífugos, son un ir virtual hacia el objeto y son continuos o flúidos.

Pero ahora podemos localizar la radical diferencia entre amor y odio.

Ambos poseen la misma dirección, puesto que son centrífugos, y en ellos la persona va hacia el objeto; pero dentro de esa única dirección llevan distinto sentido, opuesta intención. En el odio se va hacia el objeto, pero se va contra él; su sentido es negativo. En el amor se va también hacia el objeto, pero se va en su pro.

Otra advertencia que nos sale al paso, como característica común de estos dos sentimientos y superior a sus diferencias, es la siguiente: El pensar y el querer carecen de lo que podemos llamar temperatura psíquica. El amor y

el odio, en cambio, comparados con el pensamiento que piensa un teorema de la matemática, tienen calor, son cálidos y además su fuego goza de las más matizadas gradaciones. Todo amor atraviesa etapas de diversa temperatura, y sutilmente el lenguaje usual habla de amores que se enfrían y el enamorado se queja de la tibieza o de la frialdad de la amada. Este capítulo de la temperatura sentimental nos llevaría episódicamente a entretenidos parajes de observación psicológica. En él aparecerían aspectos de la historia universal, hasta ahora, según creo, ignorados de la moral y del arte. Hablaríamos de la diversa temperatura de las grandes naciones históricas –el frío de Grecia y de China, del siglo XVIII; el ardor medieval de la Europa romántica, etcétera–; hablaríamos de la influencia en las relaciones humanas de la diversa temperatura entre las almas –dos seres que se encuentran, lo primero que perciben uno de otro es su grado de calorías sentimentales–; en fin, de la cualidad que en los estilos artísticos, especialmente literarios, merece llamarse temperatura. Pero sería imposible rozar siquiera el amplio asunto.

Qué sea esa temperatura del amor y del odio se entiende mejor si lo miramos desde el objeto. ¿Qué hace el amor en torno a éste? Hállase cerca o lejos, sea la mujer o el hijo, el arte o la ciencia, la patria o Dios, el amor se afana en torno a lo amado. El deseo goza de lo deseado, recibe de él complacencia, pero no ofrenda; no regala, no pone nada por sí. El amor y el odio actúan constantemente; aquél envuelve al objeto en una atmósfera favorable, y es, de cerca o de lejos, caricia, halago, corroboración, mimo, en suma. El odio lo envuelve con no menor fuego, en una atmósfera desfavorable; lo maleficia, lo agosta como un siroco tórri-

do, lo destruye virtualmente, lo corroe. No es necesario –repito– que esto acaezca en realidad: yo aludo ahora a la intención que en el odio va, a ese hacer irreal que constituye el sentimiento mismo. Diremos, pues, que el amor fluye en una cálida corroboración de lo amado y el odio segrega una virulencia corrosiva.

Esta opuesta intención de ambos afectos se manifiesta en otra forma: en el amor nos sentimos unidos al objeto. ¿Qué significa esta unión? No es, por sí misma, unión física, ni siquiera proximidad. Tal vez nuestro amigo –no se olvide la amistad cuando se habla genéricamente de amor– vive lejos y no sabemos de él. Sin embargo, estamos con él en una convivencia simbólica –nuestra alma parece dilatarse fabulosamente, salvar las distancias, y esté donde esté, nos sentimos en una esencial reunión con él. Es algo de lo que se expresa cuando, en una hora difícil, decimos a alguien: Cuente usted conmigo –yo estoy a su lado–; es decir, su causa es la mía, yo me adhiero a su persona y ser.

En cambio, el odio –a pesar de ir constantemente hacia lo odiado– nos separa del objeto, en el mismo sentido simbólico; nos mantiene a una radical distancia, abre un abismo. Amor es corazón junto a corazón: concordia; odio es discordia, disensión metafísica, absoluto no estar con lo odiado.

Ahora entrevemos en qué consiste esa actividad, esa como laboriosidad que, desde luego, sospechábamos en el odio y el amor, a diferencia de las emociones pasivas, como alegría o tristeza. No en balde se dice: estar alegre o estar triste. Son, en efecto, estados, y no afanes, actuaciones. El triste, en cuanto triste, no hace nada, ni el alegre en cuanto alegre. El amor, en cambio, llega en esa dilatación virtual hasta el